

ALICIA BARBERO DOMEÑO

La activación de la imagen del enemigo y las nuevas guerras

Los actuales conflictos armados son cada vez más complejos, ilimitados y prolongados. Diferentes analistas los denominan “nuevas guerras”, “violencias difusas” o “redes de guerra”.¹ Éstos han adquirido nuevas características, como la existencia de multiplicidad de actores armados irregulares más allá de las fuerzas militares de los Estados, la tendencia a ser conflictos intraestatales con dimensiones regionales o internacionales, su financiación a través de circuitos económicos internacionales legales e ilegales o el uso de nuevas reglas de combate. Estos conflictos exigen ser interpretados desde el actual proceso de intensificación de las interconexiones políticas, económicas, militares y culturales a escala mundial.

Dentro de las nuevas reglas de hacer la guerra resulta evidente que ya no existen ejércitos enfrentados en un territorio concreto y con sus pertinentes armas, ni códigos concretos de combate basados en el respeto de la población civil. Algo que sucede en la República Democrática del Congo, donde dos actores armados no gubernamentales luchan entre sí masacrando a la población. Otro ejemplo son las milicias armadas, grupos paramilitares y grupos criminales organizados que imponen funciones reguladoras en lo social, político y económico en sus zonas (fragmentadas y polarizadas con ausencia estatal). Están dotados de gran armamento y son responsables de cientos de asesinatos al año. Pueden actuar violentamente en una zona concreta, repartidos por todo el territorio nacional o en un segundo o tercer país. A veces, éstos velan por mantener los intereses económicos de la élite

¹ El concepto de “nuevas guerras” pertenece a Mary Kaldor, el de “violencias difusas” a Peter Lock, mientras que el de “redes de guerra” a Mark Duffield.

Alicia Barbero Domeño es investigadora de la Escuela Cultura de Pau de la Universidad Autónoma de Barcelona

del país y los intereses étnicos o de clase de una minoría de la población, o simplemente su interés radica en el dominio territorial y enriquecimiento personal. Estas situaciones se presentan en áreas tan diferentes como Colombia, Chechenia, Irak o Río de Janeiro, entre otras.²

En los nuevos conflictos surgen múltiples actores armados con nuevas estrategias y códigos. Si bien todo conflicto armado genera polarización, una de las nuevas estrategias usada por los líderes de los grupos armados, incluso desde la fase prebélica,³ es la creación intencionada de un contexto altamente polarizado que movilice a la población y a sus instituciones a favor de la guerra. Buscan que la población se involucre tomando partido por uno de los lados y fomentando un tipo de percepciones, emociones y relaciones excluyentes. Incorporan una percepción compartida de amenaza generada por un “otro diferente” (sea otra etnia, clase social o país) que debe ser eliminado. Por tanto, fomentan un tipo de socialización bélica del conjunto de sus relaciones.

Los diferentes actores primarios (las partes directamente implicadas en la contienda) de los prolongados conflictos armados palestino-israelí y colombiano, la pasada guerra de los Balcanes y el actual proceso bélico entre EEUU e Irak incorporan esta estrategia de generar polarización a través de la activación de la imagen del enemigo encarnado en el “otro opositor”. Esta estrategia implica un aumento de los costes humanos del conflicto armado. Por un lado, provoca una intensa fractura en el tejido social (relaciones de odio, rencores y desconfianzas entre grupos) y, por otro, la población se convierte en objeto directo de agresión del contrario para humillar y castigar al enemigo —o al mismo grupo como acto de control y sumisión entre los suyos—. En los conflictos actuales gran proporción de víctimas son civiles, mayoritariamente, mujeres y niños.⁴ Ejemplo de ello fueron Ruanda y los Balcanes y, actualmente, Colombia, Israel-Palestina e Irak.

Esta nueva regla de combate usada por los actuales grupos armados plantea una gestión post-conflicto mucho más compleja y prolongada que en las guerras tradicionales. Esta gestión debería incorporar nuevos aspectos, como la atención especial del impacto generado por la militarización cotidiana de las relaciones y de las dimensiones psicosociales (inseguridad global, miedos, pérdidas humanas, materiales y territoriales, sentimientos de venganza y de frustración, desconfianzas entre comunidades). También debería atenderse al reestablecimiento de la dignidad de las víctimas y la gestión adecuada del retorno de la gran cantidad de población desplazada y refugiada.⁵

² Vicenç Fisas, *Procesos de paz y negociación en conflictos armados*, Paidós, Barcelona, 2004.

³ Los conceptos de fase prebélica, tensión y fase bélica se pueden consultar en Raúl Romeva, *Guerra, posguerra y paz*, Icaria, Barcelona, 2003, ó en www.escolapau.org

⁴ A principios del siglo XX, el 95% de los muertos en las guerras eran militares. Actualmente es de un 5%. Por tanto, a pesar de que las guerras se justifican en nombre de los ciudadanos y ciudadanas en el mundo, el 90% de sus víctimas son población civil. En el caso de las mujeres, estas son utilizadas por el enemigo como botín de guerra, forman la mayor parte de la población desplazada y se encuentran más fácilmente sometidas al tráfico sexual.

⁵ En repetidas ocasiones son víctimas y agresores simultáneamente.

La imagen del enemigo

La imagen del enemigo es un mecanismo que se activa a partir de la interacción de condiciones sociales y personales concretas que hacen sentir la diferencia como un elemento amenazador de la integridad personal, social o institucional y que se debe eliminar o anular a partir de dinámicas violentas.⁶ Su fin último es legitimar el uso de la fuerza por parte de los líderes de los grupos armados regulares o irregulares para mantener el orden establecido, supuestamente amenazado, o imponer el propio.

Las condiciones sociales y personales que facilitan la activación de la imagen del enemigo son diversas. Entre las primeras destaca la existencia de un líder (sea de un grupo, régimen o país) que aprovecha las diferencias no resueltas —en el entorno o la historia— para resaltarlas como una amenaza. De esta manera puede establecer una relación de competencia y rivalidad entre grupos, sea por fines económicos, ideológicos o étnicos. Así justifica sus acciones violentas bajo el nombre de la patria, Dios o la raza (honor, justicia o pureza). Otras condiciones sociales que favorecen la activación de la imagen del enemigo pueden ser el impacto de actos violentos que sitúan a la población en un estado de vulnerabilidad o la presencia de medios de comunicación transmisores de un clima social proclive para ello.

En cuanto a las condiciones personales y grupales, estarían la existencia de personas o grupos con una situación precaria, con necesidades no satisfechas, tanto materiales, de identidad o de libertad, o que viven un proceso de pérdida de las mismas. También incide la costumbre de superar los conflictos por canales destructivos (fuerza, lucha, venganza) o poseer pocas capacidades para enfrentarlos de forma constructiva; y la sensación de máxima vulnerabilidad que les predispone a aceptar las condiciones del otro a pesar de discrepar con ellas.

Diferentes conflictos armados de esta última década ilustran estas condiciones de activación de la imagen del enemigo, como es el caso de la guerra de los Balcanes.⁷ Si bien se trató de un conflicto provocado por la confrontación de proyectos políticos basados en intereses particulares más que colectivos —donde también intervinieron intereses internacionales—, los líderes de los diferentes grupos crearon la imagen del enemigo aprovechando las circunstancias de vulnerabilidad e incertidumbre ante el futuro económico y político de sus comunidades para incorporar en ellas una percepción del conflicto como choque entre civilizaciones (entre civilizados y bárbaros, Occidente y los Balcanes, católicos romanos y ortodoxos del este, cristianos y musulmanes).

Las élites gubernamentales, sobre todo las serbio-bosnias y croato-bosnias, crearon comunidades por el miedo generado a partir de sus discursos totalitarios y

*El fin de la
activación de
la imagen del
enemigo es
legitimar el
uso de la
fuerza por
parte de los
grupos
armados para
mantener el
orden
establecido*

⁶ En Carlos Beristain, *Reconstruir el tejido social*, Icaria, Barcelona, 1999; Psychologists for Social Responsibility, "The psychology of exaggerated enemy images. An educational Resource Manual on Dismantling the Mask of Enmity", ED, Washington DC, 2002; Amin Maalouf, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 2004; I. Martín-Baró, *Psicología social de la guerra*, UCA editores, El Salvador, 1990.

⁷ Raúl Romeva, *Bosnia en Paz*, Los libros de la Catarata, Barcelona, 2003.

excluyentes, difundidos a través de los medios de comunicación oficiales, que tenían como objetivo último persuadir a los ciudadanos de la amenaza que suponían otras nacionalidades para la “propia” nacionalidad. Para ello arguyeron agravios históricos contra cada uno de los pueblos y elaboraron un discurso fuertemente cargado de apelaciones a la simbología histórica, religiosa y a la cultura patriarcal. La interiorización de estos discursos creó comunidades artificiales convencidas de que el “otro” era el problema y su eliminación era la única opción para su protección. Diferentes escenas violentas fueron los detonantes para que las élites pasaran a las agresiones que buscaban la eliminación del “otro diferente”.

Efectos en la sociedad y en sus instituciones

La imagen del enemigo puede pasar a ser interiorizada por la sociedad afectando en diferentes niveles el conjunto de sus relaciones, percepciones y emociones, tanto en el ámbito psicosocial como institucional. Entre los efectos psicosociales más relevantes destaca una memoria y una percepción alterada de la realidad. Es el caso de la percepción en efecto espejo: una percepción negativa de todos los hechos, acciones y objetos del enemigo, al mismo tiempo que, proporcionalmente, nos percibimos a nosotros mismos de forma favorable. Nosotros tenemos la verdad, ellos la mentira, nosotros somos mejores, ellos peores, eliminamos o nos eliminan.

En este sentido, se produce una distorsión de la imagen del enemigo y de la propia: el enemigo se diaboliza. Exagerar la imagen e ignorar algunos de sus aspectos implica que nos permite proteger nuestra propia imagen y da pie a justificar actos bárbaros contra el otro. Ello reduce el nivel de empatía con el enemigo, llegando a su deshumanización y reducción a objeto indeseable. Al mismo tiempo, se produce una construcción de la percepción de la situación actual, en la que se rescatan elementos místicos y religiosos del pasado que actúan como legitimadores. La ilustración de estos efectos está presente en diferentes ejemplos, uno de ellos puede ser la guerra entre Serbia y Kosovo, donde el Gobierno serbio cometió actos de limpieza étnica elevándolos a un significado de ritual de purificación y de generar una percepción del enemigo deshumanizada y degradada.⁸

Otro efecto psicosocial destacado es la atención selectiva: no integrar los aspectos negativos propios ni los errores negativos cometidos. Se atribuye a sí mismo lo positivo y lo negativo a las circunstancias. Atribuye lo negativo del bando contrario a ellos, y lo positivo del bando contrario a las circunstancias. Asimismo, la imagen del enemigo guía a la población a predecir una conducta hostil del mismo y, entonces, les hace actuar hostilmente hacia éste basándose en esa predicción. Muchas víctimas de la guerra colombiana y de la guerra de Palestina-Israel, sobre todo madres con hijos pertenecientes a los diferentes grupos armados, tienden a guiar su conducta por la atención selectiva favorecedora del grupo armado al que pertenece su hijo.⁹

⁸ Psychologists for Social Responsibility, “The psychology of exaggerated enemy images”, *op. cit.*.

⁹ Ver www.batshalom.org, www.rutapacifica.org.co

Entre los efectos, también se produce una interpretación de la realidad a partir de categorías simples dicotomizadas, anulando su complejidad. Los contenidos se reducen a *slogans* que suplantán la discusión o determinan respuestas dicotómicas. Por ejemplo, el hecho de concebir a los grupos armados irregulares colombianos como terroristas implica una simplificación de la realidad y obturación para un posible acuerdo de paz y su posterior repolitización. Desde un análisis complejo de la realidad, éstos significan simultáneamente un proyecto político, un grupo de saqueadores o una banda de sanguinarios.¹⁰

La evolución del conflicto de Irak también ilustra esta simplificación del debate: un 64% de la población de EEUU, guiada por el argumento simplificado del presidente George W. Bush, justificó la guerra como una forma de defensa propia ante la posible amenaza de armas nucleares. A su vez, la población olvidó el conjunto de los intereses geopolíticos de EEUU en juego que le movían a hacer la guerra, así como la elevada inversión militar de su propia nación en otros países, como Israel. Este conflicto armado, presentado como única solución a la amenaza de las armas nucleares, obturó la discusión y la percepción global de la situación.¹¹

Por otro lado, la activación de la imagen del enemigo también produce efectos en las instituciones: se crea una obligación externa que exige a los organismos de convivencia a situarse de un lado u otro, la mentira se institucionaliza para legitimar los intereses, los medios de comunicación facilitan la estereotipación de la imagen del otro y canalizan tendencias polarizadas en una dirección u otra.

Al mismo tiempo, la seguridad pasa a ser prioridad de Estado desde una perspectiva represiva, y los mecanismos que garantizaban libertades y derechos ciudadanos son amenazados o recortados. Esta situación produce un quiebre o colapso institucional por la obligación de tomar posturas tan dicotómicas, que hacen entrar en crisis sus funciones y equipos de profesionales. En este punto se cierra el espectro de perspectivas políticas no violentas, se genera desconfianza frente al sistema democrático y el Estado de derecho. También se intensifica el poder patriarcal en las relaciones de género tanto en el espacio público como privado. Todos estos aspectos se pueden identificar en la guerra entre Israel y Palestina, en la guerra en Colombia y en la de EEUU con Irak.

Algunas consecuencias en la dinámica del conflicto armado

Estas dimensiones e implicaciones de la activación de la imagen del enemigo en las nuevas guerras inciden en la dinámica interna del conflicto armado. Por un lado, vuelve invisibles las causas y simplifica los hechos. Ello hace que sea más difícil identificar cuándo empieza y acaba un conflicto armado (por ejemplo, EEUU-Irak, Afganistán). Esto dificulta la diferenciación del elemento detonante del conflicto.

¹⁰ “El conflicto, callejón con salida”, *Informe Nacional de Desarrollo Humano para Colombia*, PNUD, Bogotá, 2003.

¹¹ Psychologists for Social Responsibility, “The psychology of exaggerated enemy images”, *op. cit.*

to armado, sus raíces y el proceso de escalada de la tensión (éste sería, entre otros, el caso de Colombia o Ruanda). Esta situación puede generar una pérdida o alteración de la identidad de los grupos enfrentados y del sentido global del conflicto: los medios se alejan de los fines o los fines se pierden, se simplifican o descontextualizan. Se naturaliza el uso de métodos violentos bárbaros al animalizar al contrario, representado en el “otro diferente”, sin distinción entre combatiente y población civil. Al mismo tiempo, se genera una confianza ciega en el triunfo militar en detrimento de las garantías ciudadanas y del derecho internacional humanitario, y se prolonga el conflicto armado en el tiempo. Todo ello puede comportar una mayor dificultad de manejo de los tiempos y alianzas para su posible resolución pacífica.

Por otro lado, se da un trastocamiento de la seguridad y del riesgo para la sociedad en general así como el dominio de la desconfianza entre la población, grupos y sectores sociales, provocando una fragmentación y desestructuración organizativa y social. Las personas y grupos que no manifiestan posturas polarizadas se perciben en una situación de máxima vulnerabilidad, generando un sentimiento de seguridad cuando se incorporan de un lado u otro, aunque esto atente contra sus principios existenciales.

Esta estrategia de la activación de la imagen del enemigo incrementa una dinámica del conflicto alejada del diálogo, la objetividad, el contexto y sentido global de lo que acontece. Esto provoca —a escala personal, familiar, comunitaria y estructural— la legitimación de estrategias violentas ilógicas y bárbaras para enfrentar el conflicto, a pesar de atentar contra los derechos humanos y el derecho internacional humanitario.

Algunas estrategias para la desactivación de la imagen del enemigo

Existen diferentes líneas de acción, tanto en el ámbito de atención psicosocial como en el ámbito organizativo que, de forma simultánea, deberían ser incorporados en los programas de reconstrucción de sociedades con el fin de superar las consecuencias de la activación de la imagen del enemigo y prevenir su repetición. Entre las estrategias psicosociales destacan las siguientes:¹² facilitar la creación de espacios de identificación y expresión de emociones, de superación de la ambivalencia de sentimientos (dolor, rabia, tristeza, venganza, vergüenza), así como de empatía con el otro. Asimismo, facilitar espacios de elaboración de las pérdidas humanas, materiales y territoriales de la población.

Otro objetivo es incitar procesos de análisis y comprensión del conflicto vivido desde lo histórico y global, diferenciando raíces, elementos detonantes, medios-fines y la identificación de intereses ocultos. También es importante la diferenciación de la persona, el proceso y el problema; y la ubicación de la persona o grupo en el análisis de conflictos como sujeto de derechos y víctima (conciencia del

¹² Cada línea de acción tendría que ser adaptada a las especificidades de cada grupo social. Se pueden trabajar a nivel personal y grupal.

lugar que ocupa en el conflicto). Al mismo tiempo, es necesario alcanzar un abordaje constructivo de los conflictos (verdad, justicia, reparación) y potenciar un grado adecuado de autoestima individual y colectiva. Se deben generar programas para trabajar la identidad, la percepción y la memoria colectiva histórica desde la inclusión de la diferencia y la seguridad humana, así como programas y mecanismos de abordaje de los conflictos de forma constructiva en los diferentes niveles organizativos de la sociedad desde una perspectiva preventiva. Es necesario generar espacios y procesos que estimulen la creatividad a nivel personal y colectivo entre los diferentes grupos sociales existentes.

Entre las estrategias organizativas, destaca la generación de mecanismos de expresión, comunicación y confianza entre los diferentes sectores sociales anteriormente enfrentados a partir de lo común (mismo dolor, sufrimiento y pérdidas, a pesar de ser causados por diferentes circunstancias y actores). Asimismo, es importante la creación de mecanismos de verdad, justicia y reparación de las víctimas, facilitar que las diferentes posiciones enfrentadas participen en los nuevos espacios democráticos (repolitización del contrario) y la apertura de espacios de debate a la población sobre los temas de preocupación —tanto a un nivel cotidiano, como social y político—, siendo los elementos culturales y simbólicos buenos canales para ello. Además, se deben estimular procesos para la elaboración de contenidos que superen el discurso basado en *slogans* y guerrerista polarizado implantado en la sociedad por las partes enfrentadas. En este sentido, es necesario reubicar los medios de comunicación, que tienen una función primordial en la resignificación de la identidad colectiva desde la diversidad y pluralidad de pensamiento, así como de la seguridad humana contrapuesta a la militarista. Por último, se debe asegurar un acompañamiento internacional civil que legitime el proceso de desarticulación de la imagen del enemigo.